

muchas obras para los hijos de von Jacquin, con los que le unía sincera amistad; algunas de las destinadas a Gottfried fueron incluso publicadas bajo su nombre, sin duda con la autorización de Mozart, por lo que su autenticidad fue largo tiempo cuestionada.

"*Mentre ti lascio, oh figlia*" se basa en un texto extraído de *La disfatta di Dario* (acto II, escena 9), un drama del duque de San'Angioli-Morbili al que había puesto música Paisiello (1776), lo que no significa, como a veces se pretende, que el aria de Mozart estuviera destinada a ser insertada en esta ópera. La escena, articulada en dos secciones -un *larghetto* de carácter arioso y un *allegro* en el que encontramos pasajes solísticos del clarinete que preludian el "Mi tradi" de *Don Giovanni* o el "Parto, parto" de *La Clemenza*-, pertenece de lleno a la tradición de la ópera seria, con sus típicos "madrigalismos" que subrayan el sentido del texto (como el descenso hasta el "la" grave para subir una décima ascendente hasta el "do" sobre la palabra "terror", lo que sin duda provocará más terror en el cantante que en el público). La escena no está exenta de algunos de los convencionalismos del género serio, pero en manos del Mozart que está a punto de escribir *Don Giovanni* se humaniza y cobra vida con una emotividad y un dramatismo admirables que no conserva nada de la rigidez acartonada que afectaba a la ópera seria napolitana que sirve de modelo al salzburgués.

Sólo cinco días antes, el 18 de marzo, y para el mismo Gottfried von Jacquin, Mozart había puesto música por segunda vez (K.512) al texto de Metastasio "*Alcandro, lo confesso... Non so donde viene*", perteneciente a la escena sexta del tercer acto de *L'Olimpiade*, un drama que había sido puesto en música por un sinnúmero de compositores (entre ellos Vivaldi, Pergolesi, Leo, Fiorillo, Galuppi, Wagenseil, Hasse, Traetta, Jommelli, Piccinni, Manfredini, Sacchini, Arne, Bertoni, Mysliveček, Cimarosa o Paisiello). Este recitativo y aria encomendado en 1787 a la voz de bajo, había sido utilizado por Mozart nueve años antes (24 de febrero de 1778), y entonces había encomendado el papel de Clístenes a la voz de soprano o, más exac-

tamente, a la voz de soprano de su querida Aloysia Weber, de la que había quedado prendado. Hasta tal punto es Aloysia la destinataria, que Mozart escribe a su padre: "... verdaderamente tiene que ser una Weber quien la cante. Te lo ruego, no se la des a nadie. Porque será la mayor injusticia que se pudiera cometer; ha sido escrita únicamente para ella y le va como un traje hecho a su medida". En realidad Mozart ha escogido este texto -que le encanta- porque ha sido puesto en música previamente por su querido y admiradísimo amigo Johann Christian Bach y quiere ponerse a prueba para ver si es capaz de componer sobre el mismo texto algo que no tenga nada que ver con lo escrito por el Bach de Londres.

La obra, como tantas dedicadas a la Weber, permite calibrar, por su dificultad, la categoría como cantante de su futura cuñada. Sin ser propiamente un aria de coloratura -o siéndolo menos que muchas otras de Mozart- el aria requiere una voz de ligera capaz de ascender al "mi bemol" sobreagudo -y de descender dos octavas por debajo- y de dar solución a muy exigentes ascensiones en legato y a numerosas agilidades, acrecentadas éstas considerablemente en la versión ornamentada que se conserva del propio Mozart. El salzburgués adoraba la inclinación natural de Aloysia hacia el cantabile, pero al mismo tiempo sabía que para triunfar en Italia necesitaba cantar arias de bravura, de manera que Mozart combinó ambos aspectos.

La escena representa a un joven acusado ante el rey Clístenes de haberlo intentado asesinar; el rey, que no sabe que tiene delante a su propio hijo, experimenta una inexplicable ternura hacia él que confiesa a su amigo Alcandro. Es fácil imaginar, dadas las relaciones de Wolfgang con Leopoldo, hasta qué punto la situación dramática le podía resultar conmovedora. Y conmovedora es esta aria que conjuga de algún modo el afecto hacia tres seres queridos: la joven Aloysia, Johann Christian Bach y el propio Leopoldo.

Entre los muchos méritos de Mozart que pueden causarnos asombro no es el menor el de su talento para la ópera bufa italiana.